
La investigación en comunicación: un futuro hecho de memoria

Florencia Saintout y Nancy Díaz Larrañaga*



Introducción

Se han hecho varios intentos por establecer la situación del campo de la comunicación a lo largo de las últimas dos décadas. A la gran mayoría de ellos les debemos los planteamientos más agudos sobre los debates y las problemáticas que invaden dicho campo, como así también las marcaciones más o menos puntuales sobre los nuevos desafíos que deberíamos enfrentar.

Partiendo de dicha base nos aventuramos a esbozar algunas líneas en torno a la prospectiva de la investigación en comunicación. El objetivo nos pone de cara al futuro, aunque dicha metáfora no resulte del todo feliz. Son dos los motivos que desplazan nuestra intención de esta imagen. Primero, “estar de cara al futuro” no lo retomamos como ver al futuro sin mirar el presente; y segundo, menos aún implica para nosotros darle la espalda al pasado.

Un futuro sin una percepción atenta del presente y sin memoria bien podría constituirse como adivinación más que como indicio de problemas que parecen emerger con poca claridad. Es necesario entonces adoptar una posición diferente: entrelazar pasado, presente y futuro para esbozar alguna prospectiva.

En este artículo trabajaremos entonces desde la tensión entre futuro y memoria, para marcar lo que a nuestro entender son algunos de los nudos problemáticos por considerar en el campo de la investigación en comunicación, y así poder avanzar en la generación de saberes.

Lo que trae el diluvio

Para pensar en el futuro del investigador en comunicación, o de la investigación en comunicación, es ineludible saber cuál es el terreno en donde hoy se está dando esta investigación. Es decir, pensar cuál es el estado de la investigación: cuáles son los objetos que han cobrado visibilidad en el campo y cuáles están silenciados o al menos no se manifiestan como prioritarios.

Haciendo la advertencia de que no hablamos de procesos absolutos ni lineales, podemos partir de ubicar la investigación en comunicación de las dos últimas décadas en un desplazamiento paradigmático: de las metáforas ingenieriles hacia la cultura, entendida ésta como proceso sígnico a la vez que profundamente material e histórico. Y también podemos sumar a este desplazamiento una condición: la llamada crisis de paradigmas en las ciencias sociales, que aunque anunciada desde tiempos anteriores, irrumpe en los años ochenta a manera de diluvio en el campo. Cabe decir que esta crisis en América del Sur está marcada más por una ruptura política que por una ruptura epistemológica.¹ Ruptura que bajo sus distintas formas se va a inscribir dentro del debate entre modernidad y posmodernidad, poniendo en jaque las certezas manejadas hasta los años setenta en las ciencias sociales. En las últimas décadas si alguna cuestión ha impregnado los debates y las reflexiones ha sido esta difundida crisis de paradigmas que en varias ocasiones, debido a un efec-

* Profesoras investigadoras de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Florencia Saintout es directora de investigación y de posgrado de la misma institución.

to de moda, perdió en su andar potencialidades de pregunta para transformarse en respuesta dogmática. Reconvirtió lo que aún es movimiento en nuevo paradigma: todo explicable por sus desig-nios. Pero también ha ido abriendo horizontes de enorme valor heurístico para la comprensión de la sociedad, la cultura y la comunicación, justamente donde los saberes paridos por la modernidad ha-bían marcado sus límites.

Así, el campo se enriqueció con las nuevas concepciones: crítica del poder como imposición vertical hacia el poder como relación de comuni-cación, como una dimensión más de lo social; crí-tica del estructuralismo: un retorno de las emocio-nes, de un sujeto capaz de recrear las estructuras de las que aparecía como epifenómeno; crítica del lenguaje como representación hacia el lengua-je como construcción; ruptura entonces del saber como ciencia: del saber es poder al poder es sa-ber; crítica, finalmente, de la historia y recom-prensión de la memoria. En este marco, y desde las perspectivas que asumen los desplazamientos, la comunicación deja de ser mera transmisión, pen-sada desde la técnica en sí misma, como un circui-to aislable con un punto de partida y otro de llega-da, para enunciarse desde la socialidad histórica. Es decir, para definirse como comunión, como puesta en común de los sentidos socialmente cons-truidos. Se deja de lado la instrumentalidad de los medios para depositar la mirada en los escenarios de transformación de la sensibilidades, de las per-cepciones sociales; en las formas de la vida coti-diana, de los modos de sentir, de oler, de saber. En el campo de la investigación en comunicación, una vez perdido “el” objeto surgen nuevos territo-rios de estudio.

Hasta aquí entonces lo que cobra visibilidad campal desde la llamada crisis de paradigmas: un abanico inmenso de problemáticas que va a ser abordado desde una inmensidad de perspectivas teórico-metodológicas, pero con un eje común: la definición de la comunicación como proceso so-cial de construcción, circulación y reproducción de sentidos. Los trabajos que desde distintas co-rrientes se han venido elaborando en las dos últi-mas décadas dan cuenta de esta transformación del campo, y de su inmensa riqueza.

Y también lo que el diluvio deja

Pero hoy, para pensar en el futuro de la investiga-ción en comunicación, es importante que señale-mos algunos movimientos por revisar.

Las nuevas y viejas verdades

La primera cuestión, sin que acá sean posibles generalizaciones, tiene que ver con muchos de los usos que el campo de la comunicación hizo y está haciendo de esto que llamamos la ruptura:² a manera de moda, acriticamente, teniendo lecturas por etapas al peor estilo evolucionista, donde un nuevo ciclo supone la superación y el olvido del anterior. Desconociendo que el progreso teórico implica la integración de nuevos datos a costa de un enjuiciamiento crítico de los fundamentos de la teoría que aquéllos ponen a prueba.

En los años ochenta y noventa, a la luz de la “crisis de paradigmas” se niega lo que se ha in-vestigado, pensado, anteriormente. Como ejemplo de esto podemos mencionar lo que ocurre alrede-dor de la problemática de la recepción y el consu-mo cultural en Argentina: en los ámbitos acadé-micos se sitúa la aparición de este objeto de estudio en los últimos 20 años, anulando lo hecho antes del golpe de estado de 1976. En este periodo el grado de elaboración teórica y empírica sobre la problemática había alcanzado, de la mano de in-vestigadores como Aníbal Ford, Mabel Piccini, Héctor Schmucler, un punto de complejidad y ri-queza lamentablemente poco considerado años después.³

Y esto podría ser por dos cuestiones: de un lado, por la temprana y rápida constitución del campo, que lleva a la necesidad urgente de soste-nerse sobre algunas “verdades”: a la institucionali-zación de teorías como tradiciones. De otro lado, y esto en el cono sur es absolutamente fuerte, por la “vocación de olvido” que poseemos, no como vocación ontológica sino como fruto de procesos políticos e históricos en que la suspensión de la memoria fue resultado de violencias materiales y simbólicas en relaciones de dominación. Estela de Carloto, presidenta de Abuelas de la Plaza de Mayo, decía:

Hemos asumido que lo inmediato, la actualidad, es sobre lo único que podemos pensar. El futuro es más incierto que nunca y pareciera que al pasado, si está vivo, no lo quiere nadie.⁴

¿Por qué la comunicación iba a estar exenta de esta realidad? Así como el campo se enriquece y se transforma en la crisis, también comienza poco a poco a deshistorizar esto que ya son entonces las “nuevas verdades”. Deshistoriza nuevamente procesos y sentidos: se crea lo que Pierre Bourdieu

llama la “nueva vulgata planetaria”: un nuevo vocabulario que aparentemente surgido de la nada está en boca de todos, y que se caracteriza por designar sin jamás preguntarse desde dónde designa.⁵ Entonces, circulan en el campo conceptos como flexibilidad, exclusión, multiculturalidad, movimiento social, sin la necesaria revisión epistemológica y política de la que debieran ser objeto para su incorporación crítica al mundo. El adjetivo “multicultural”, por ejemplo, muchas veces en el uso reconoce, desconociéndolo, su valor de aceptación de una diferencia que niega la opresión, a la manera de relativismo cultural. O la archidifundida noción de globalización, que se utiliza para nombrar un estadio natural de la vida humana, ocultando su configuración histórica. Así también la asimilación de la categoría de consumidor para designar naturalmente la condición de ciudadanía de los hombres. O la aceptación acrítica de la “liberación femenina”, ocultando que en nuestros países esta liberación tiene que ver más con mercados de trabajo cada vez más liberalizados y excluyentes que con verdaderas condiciones de libertad.

Verdades a ciegas, sin memoria; puntos de ceguera por donde se mira.

Las ausencias más notorias

Por otro lado, es necesario señalar, pensando hacia adelante, qué es lo que este movimiento de incorporación de nuevas miradas al campo en América Latina ha dejado de lado también casi naturalmente. Y aquí aparece como uno de sus silencios más notorios la dimensión de la desigualdad, asociada a la diferencia, como creadora de identidad. Es decir que a pesar de la enunciación no se ha trabajado, o al menos no se ha trabajado mayoritariamente, la noción de la desigualdad de acceso a los bienes materiales y simbólicos que circulan dentro del espacio social como marca constitutiva de identidades. Desde el campo se ha criticado la concepción de pobreza que se asume desde ópticas desarrollistas, asociada a una condición ontológica, que olvida el ejercicio violento de un poder asimétrico que clasifica y nomina, naturalizando a la pobreza como una identidad dada de una vez y para siempre. Pero en esta crítica se ha abandonado la necesidad de su problematización. Más que una crítica, podríamos decir que ha habido un abandono de la temática. Y también podríamos decir que la diferencia cultural, al me-

nos en América Latina, aunque no se agota en la desigualdad, no puede ser entendida sin apelar a ella. Estamos juntos de manera desigual y diferente, así hacemos nuestros nos/otros: la comunicación.

A esta conceptualización sumamos un dato: cada vez con mayor frecuencia se va profundizando la mediatización de la vida cotidiana, transformándose las lógicas del espacio y del tiempo, de la corporalidad y la reflexibilidad, redefiniéndose las instituciones sociales modernas. En los ámbitos académicos, cada vez más se escucha hablar de conceptos tales como culturas mediáticas, sociedades en vías de mediatización, incluso sociedades de la información o de la comunicación. Haciendo notar el riesgo de tomar estos conceptos de manera trivial, como conceptos fetiches, y más allá de sus diferencias, podemos decir que aluden en algún aspecto a cierta condición de las sociedades contemporáneas en las que las prácticas sociales, las formas de interacción social, están marcadas por la existencia de los medios. No es que los medios determinen las significaciones sociales, sino que ocupan un lugar central, aunque no excluyente, en la producción, la circulación, la recreación y reproducción de los sentidos compartidos colectivamente. Hoy pensar la comunicación, pensar las formas de estar juntos, lleva implícita de alguna manera la pregunta por el lugar de las tecnologías de comunicación que están marcando el rediseño de la experiencia cotidiana.

Sin embargo, hay que remarcar que esta condición de nuestra contemporaneidad implica reconocer que si en todo caso estamos ante una mediatización de la cultura, dicha mediatización no se da homogéneamente ni de manera igualitaria. Hacer frente a aquellos discursos que presentan un mundo globalizado o mundializado como un mundo pacificado, posiblemente implique mayores riesgos pero también mayores posibilidades de riqueza para el análisis y la comprensión. Como nos muestra la investigación en la que estamos trabajando ahora:⁶ más allá de que en nuestras villas miseria algunas —pocas— de las casillas hayan incorporado la computadora, ¿podemos entender que se está frente a la misma computadora que en la clase media? ¿o que en la clase media del llamado primer mundo? ¿Cómo obviar el dato de que para ciertos sectores las crónicas rojas en los medios son formas de estigmatizar al otro/delincuente, y para sectores diferentes son maneras de reconocerse, de encontrar información del ba-

La visita azul, óleo y temple sobre tela, 120 x 78 cm, 1978, colección Fundación Cultural Televisa.



rio que ocupan? Porque en la calle se habla de lo que pasa en los medios, pero los medios no hablan de lo que pasa en algunas calles, al menos en las calles pobres, salvo cuando se trata de violencia policial. Ocultar esta dimensión de lo real es sumarse a la celebración de una tolerancia posmoderna que, en lugar de contemplar y explicar al otro, lo que hace es anularlo desde una

mirada totalitaria a pesar de su enunciación como lo contrario.

Apuntes finales

Entonces, frente a los límites, frente a las zonas conflictivas, ¿cómo avanzar? ¿cómo pensar el futuro de la investigación en comunicación? Pensemos

un camino que permita salir de ciertas encrucijadas y al mismo tiempo no perder lo que el diluvio trajo: una crítica del poder; el retorno del sujeto, de las emociones; una mirada de la creciente complejidad de la cultura. Para comenzar a pensarlo resulta necesario asumir la ecuación futuro/memoria; retomar la memoria del campo críticamente, no de manera folclórica; apelar a la posibilidad de acumulación de los saberes. Para un campo que, como escribe Armand Mattelart, “el olvido de la historia es, en efecto, uno de los rasgos recurrentes del pensamiento”,⁷ es imprescindible plantearse la reflexión histórica y crítica, anclada en el orden epistemológico, lo que posibilitará el avance sin que deformadamente retorne lo reprimido, lo no recordado.

Desde aquí podremos preguntarnos por la comunicación en nuestras culturas; por las formas de estar juntos en un mundo que lejos de ser transparente se nos presenta cada vez más caótico y por momentos desesperante, donde las mutaciones son cada vez más rápidas y también cada vez más complejas, imposibles de ser abordadas desde los modelos lineales o dogmáticos. Y para comprender estas nuevas formas de estar juntos creemos, como expusimos en párrafos anteriores, que una de las claves de desciframiento puede encontrarse en la pregunta por la construcción histórica de nos/otros como identidades atravesadas por dimensiones de desigualdad y de diferencia: desigualdad en el tener; diferencia en el ser. “Las mujeres indias sufrimos por tres: por ser mujeres, porque somos indias y porque somos pobres”, no se cansa de repetir la comandante Yolanda del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).⁸ Debemos entender desde aquí qué es lo que está surgiendo, qué es lo que sigue estando. Tal vez de la comunicación, lejos de la idea tan difundida del acuerdo, pueda decirse mucho más si la pensamos desde los procesos históricos de des/acuerdo, des/encuentro, lo que nos llevará a preguntarnos por las posibilidades de los múltiples nosotros.

Marc Augé, respecto del turismo y sus imágenes, piensa cómo es que en el turismo se ha ido perdiendo el viaje, ese viaje que permitía descubrir nuevos paisajes y nuevos hombres, que abría el espacio para nuevos encuentros. Dice que ese viaje hoy es imposible, que se ha transformado en espectáculo estereotipado, vendido por agencias que cuadriculan la tierra, la dividen en recorridos dados de antemano, la transforman en producto. Pero Augé duda y propone: “tal vez una de nues-

tras tareas más urgentes sea volver a aprender a viajar, en todo caso, a regiones más cercanas a nosotros, a fin de aprender nuevamente a ver”.⁹ Pareciera que el mundo hoy nos plantea urgentemente, más allá de lo académico, que rompamos con la imposibilidad de viajar, de investigar, salidos de verdades deshistorizadas y abandonando el olvido: retomar los senderos ya abiertos por tantos otros viajeros de mapas nocturnos.▲

Notas

1. Argentina puso en marcha la primera carrera de periodismo en América Latina allá en el año 1935. Sin embargo, hace apenas cinco años que cuenta con su primera maestría relacionada con problemáticas puntuales de comunicación. ¿Qué pasó en el medio? ¿Por qué “esperar” hasta ahora para formar profesionales e investigadores en el campo de la comunicación, siendo que, por ejemplo, México cuenta con posgrados desde la década de los setenta? Para poder responder, habrá que recordar las ilusiones políticas, pero sobre todo sus derrotas, marcadas con sangre y fuego durante los años dictatoriales. Mientras que la Universidad Iberoamericana inauguraba en México su maestría en comunicación en 1976, en Argentina y en otros países de América Latina transcurrían los años más violentos, de mayor censura, de muertes y desapariciones. Los innumerables exilios marcarían el quiebre de las discusiones y las reflexiones en el ámbito académico, mientras que se conformaba en México la reunión de pensadores provenientes de diversas ramas disciplinares más interesante de los últimos tiempos.
2. Refiriéndose a estos usos, Sergio Caletti pensaba hace un tiempo que fueron usos acrílicos, porque la ruptura en América Latina fue importada a manera de moda: un “parto sin dolor”. Véase Caletti, Sergio. “La recepción ya no alcanza”, en *Generación de conocimientos y formación de comunicadores*, VII Encuentro latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, FELAFACS, Lima, 1992.
3. Grimson, Alejandro y Mirta Varela. “Recepción, culturas populares y medios. Desplazamientos del campo de comunicación y cultura en la Argentina”, en *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre la televisión*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
4. De Carloto, Estela. Conferencia dictada con motivo de la inauguración de la Cátedra de Derechos Humanos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2000.
5. Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. “Una nueva vulgata planetaria. La lengua franca de la revolución neoliberal”, en *Le Monde Diplomatique*, mayo de 2000.
6. “El consumo cultural en la ciudad de la Plata”, investigación dirigida por Florencia Saintout y Nancy Díaz Larrañaga, acreditada por el Programa Nacional de Incentivos a la Investigación, Universidad Nacional de La Plata, 1998-2000.
7. Mattelart, Armand. *La invención de la comunicación*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1995.
8. Esto lo expresó en El Zócalo del Distrito Federal luego de finalizar la marcha de tres mil kilómetros desde Chiapas hasta la capital mexicana el domingo 11 de marzo de 2001.
9. Augé, Marc. *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Gedisa, Barcelona, 1998, p.16.